



ENTRE LOS MUROS DEL CASTELL



Anexo al Boletín 'Entre los muros del Castell'

Homilía de Juan José Garrido durante la Fiesta de Antiguos Colegiales de 2024



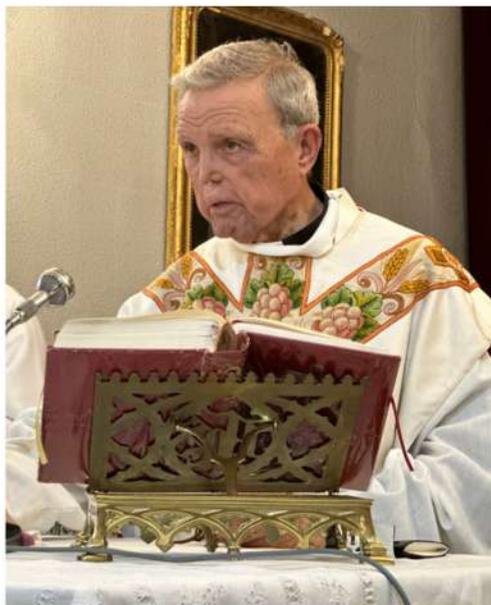
Queridos amigos, antiguos y actuales colegiales y nuevos colegiales que al terminar la Eucaristía haréis vuestro juramento.

Este Colegio Mayor se llama “**de san Juan de Ribera**” y ocupa este edificio que fue su casa y en el que aún se conservan las estancias que se hizo preparar para residir en ella. No fue el fundador directo y material de esta querida institución, pero sí lo podemos considerar su fundador indirecto y espiritual, pues **D^a. Carolina Álvarez Ruiz**, consciente de que esta casa fue la residencia

de un santo, acudió a las Constituciones del Colegio del Patriarca, escritas por san Juan de Ribera, y a los superiores del mismo, muy especialmente a **D. Félix Senent**, para dar forma al proyecto que tenía en su corazón. Deseaba que el espíritu que san Juan de Ribera imprimió en su colegio de Valencia, adaptado a los nuevos tiempos y a la condición de los becarios estudiantes seglares de la universidad, fuera en esencia el mismo. Por eso hoy me he tomado la libertad de saltarme los textos sagrados que hemos proclamado en esta Eucaristía

para hablaros un poco de la ejemplar personalidad humana y religiosa de san Juan de Ribera, una personalidad muy rica y que presenta diversos aspectos y dimensiones, que si las analizáramos detenidamente encontraríamos inspiración, motivos para la admiración y atractivo para seguir su ejemplo. De entre ellos, me gustaría subrayar uno que juzgo importante y que lo puede ser para todos nosotros: me refiero a la armonía vivida entre la cultura y los saberes humanos de su tiempo, por un lado, y el Evangelio y la sabiduría cristiana, por otro. Se trata de una armonía vivida, puesto que no encontramos en sus escritos, que son fundamentalmente homilías y cartas pastorales, reflexiones o doctrinas explícitas en las que teorice sobre cómo conciliar la fe y la razón, el saber humano y la sabiduría divina. Pero en su vida misma, en sus actuaciones y en su formación se pone de manifiesto un aprecio sin reticencias de las verdades que la inteligencia humana es capaz de descubrir, y la convicción de que esas verdades, bien entendidas, no contradicen la Verdad cristiana, sino que ayudan a comprenderla mejor, a exponerla y a defenderla, si es el caso. Siguió en esto el luminoso ejemplo de los **Padres de la Iglesia**, esto es, los maestros en la fe de los primeros siglos del cristianismo.

De entre los motivos de admiración por San Juan de Ribera destaco uno: la armonía vivida entre la cultura y los saberes humanos de su tiempo, por un lado, y el Evangelio y la sabiduría cristiana, por otro



Así, san Juan de Ribera tenía en gran estima al pensamiento filosófico antiguo pagano, tanto el griego como el latino, en sus dimensiones metafísicas, morales e históricas. En su biblioteca personal encontramos todas las ediciones renacentistas de **Platón, Aristóteles, Herodoto, Plutarco**, en sus lenguas originales y en traducciones latinas; están presentes también los clásicos latinos como **Virgilio, Cicerón, Séneca** y un largo etcétera, y algunas de estas obras tienen anotaciones de su mano. Hallamos también las obras claves del movimiento humanista y del renacimiento, como son las de **Erasmus de Rotterdam, Tomás Moro** o nuestro **Juan Luis Vives**. Y no deja de lado obras de carácter más científico como el *De humani corporis fabrica* de **Vesalio**. Y libros de matemáticas, de alquimia, de botánica, de zoología, sin olvidar la arquitectura y otras artes prácticas como la gimnasia.

¿Qué hacían estos libros en la biblioteca de un obispo? La razón de ello es la siguiente: san Juan de Ribera estaba convencido de que la inteligencia humana es partícipe de la inteligencia divina, pues el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios; y que, aunque debilitada por el pecado, frágil y sujeta a errores, si sigue sus propios caminos con honradez y sincero deseo de conocer la verdad, puede ilustrarnos sobre el sentido del mundo y ver en él una plasmación de la sabiduría divina, una huella de Dios; puede iluminarnos sobre el ser humano y sobre el comportamiento que le conducirá a la plenitud y a alcanzar su fin natural.

San Juan de Ribera estaba convencido de que la inteligencia humana es partícipe de la inteligencia divina, pues el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios

Las verdades que los hombres pueden encontrar con el ejercicio de la razón, aunque parciales y no definitivas, son para san Juan de Ribera como un reflejo plural de la Verdad única y total cuya fuente es el mismo Dios. Esas verdades no sólo hay que asumirlas, sino que se deben valorar positivamente pues, como verdades, son algo así como una revelación parcial de la Verdad suprema a través de la inteligencia humana. Y así, conociendo cada vez más y mejor el mundo natural y al ser humano, se está en condiciones de alabar y glorificar más a Dios, su Creador.

Sabiduría divina en la Sagrada Escritura

Pero san Juan de Ribera tenía aún en más alta estima la sabiduría divina contenida en la Sagrada Escritura, Palabra de Dios, dirigida a los hombres para su salvación; la Palabra encarnada, que es, como dice **san Pablo**, la sabiduría personal de Dios.

En su biblioteca se encuentran las mejores ediciones de la Biblia en sus lenguas originales y en sus traducciones latinas; se encuentran también todos los instrumentos exegéticos de su tiempo y muy numerosos comentaristas, sin olvidar a los Santos Padres, como ayuda humana para comprender la Palabra de Dios y poder trasmitirla a los fieles. Durante toda su vida la estudió y meditó, dejándonos dos Biblias profusamente anotadas al margen con sus comentarios personales.



Y junto a esto, encontramos las obras de los teólogos clásicos y también los mejores de su tiempo, así como los maestros de espiritualidad cristiana. Y todo esto, como hemos dicho, con el objetivo de conocer mejor la Revelación que Dios ha dirigido al hombre a lo largo de la historia y cuya plenitud es el mismo Cristo. Quien no vino al mundo para darnos una explicación científica del mismo, ni del ser humano; no nos enseñó cómo es el mundo y qué leyes físicas lo gobiernan; no fue esa su misión; esa es precisamente la misión de la inteligencia humana a la que Dios confió el progresivo conocimiento de las verdades naturales. La misión y la grandeza de Cristo son de otro orden: son del orden de la santidad y del amor redentor. Y esta sabiduría de Dios que redime y salva es la que confiere sentido al mundo y al ser humano y, en consecuencia, la que puede iluminar sobre las grandes cuestiones que el hombre se plantea y que son enigma o

misterio para la inteligencia humana.

La sabiduría divina, que es Cristo mismo, ofrece un horizonte de sentido que arroja luz sobre la vida y permite resituar los conocimientos y los saberes humanos sin desnaturalizarlos, antes bien, dotándolos de unos valores y unos fines que le permiten ponerse al servicio de la humanidad. Y cuando en la historia del pensamiento se han dado conflictos entre los saberes humanos y la sabiduría divina, ha sido casi siempre o bien porque las ciencias han ido más allá de lo que sus propios métodos le autorizaban, arrogándose competencias que no le correspondían a su orden, o bien porque algunos cristianos, ignorando el carácter soteriológico (religioso) de la sabiduría divina, la han convertido en una teoría explicativa del mundo en competencia con la explicación de la sabiduría humana, saliéndose también de los límites de su propio orden, que es la santidad.

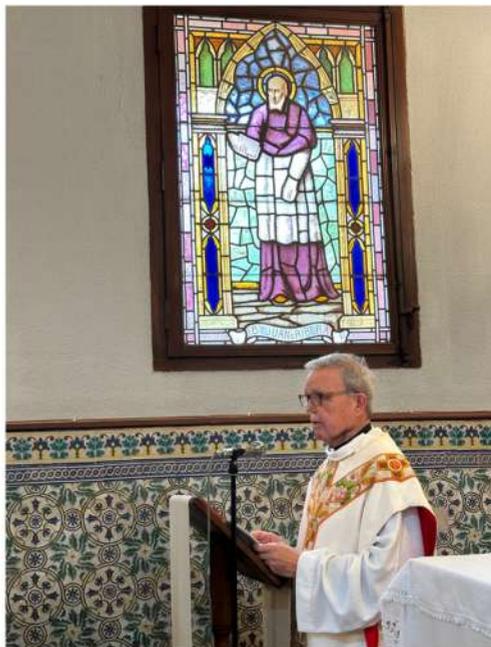


Armonía y equilibrio

Ni una cosa ni otra encontramos en san Juan de Ribera. En su vida y también en su formación estuvieron fecundándose mutuamente, y en buena armonía y equilibrio, los saberes humanos y la sabiduría divina, siendo así que en su tiempo ya habían hecho su aparición dos tendencias incorrectas: la de una razón que quiere sustituir a la fe, y la de la fe que reniega de la razón y se opone a los saberes humanos, y quiere un lugar que no le corresponde.

Su biblioteca, como hemos dicho, es una buena muestra de ello, si es verdad, y lo es, que una biblioteca pone de manifiesto la personalidad de su dueño.

Es cierto que, como obispo, san Juan de Ribera privilegió en su vida la sabiduría divina, pues su misión era regir al pueblo de Dios de Valencia y predicar el Evangelio para que los fieles siguieran los pasos de Cristo y alcanzaran la salvación; y que se entregó en cuerpo y alma a esta tarea viviendo él mismo con radicalidad lo que predicaba a los demás. Pero eso no le impidió acoger la verdad, viniera de donde viniera, y por ello se interesó y frecuentó, en la medida de sus posibilidades, las diferentes ramas del saber humano, pues veía en él la huella de la Sabiduría divina y un camino que, bien recorrido, podía conducir a Dios como Señor de la creación y de la historia. En su persona, saberes humanos y divinos convivieron, en armonía y sin conflicto, pues son de orden distinto. Y creo que esto es un aspecto más de su "santidad aliñada", en expresión de **Baltasar Gracián**, es decir, de una san-



tividad sin extremismos, sin exageraciones o estridencias. Vale la pena recordar hoy el precioso texto de Gracián:

Hasta la santidad ha de ser aliñada, que edifica el doble cuando se hermana con una religiosa urbanidad. Supo juntar superiormente entrambas cosas aquel gran patriarca arzobispo de Valencia, don Juan de Ribera. ¡Qué aliñadamente fue santo! Y aún eternizó su piedad y su cultura en un suntuosamente sacro Colegio, vinculando en sus doctos y ejemplares sacerdotes y ministros la puntualidad en los ritos, la riqueza en ornamentos, la armonía en voces, la devoción en el culto y el aliño en todo. (El héroe. El discreto, Madrid, 1958, p. 113)

Virtud y letras

Y en este orden de cosas, se entiende también perfectamente el principio educativo que estableció en su Colegio: quería que quienes en él se preparaban para el ministerio sacerdotal se forma-



ran en “virtud y letras”. En virtud, esto es, cultivando y fortaleciendo las virtudes humanas, especialmente las cardinales de prudencia, justicia, fortaleza y templanza, y las que se derivan o concretan estas cuatro; y las virtudes teologales de la fe, la esperanza y la caridad, que, como sobrenaturales, perfeccionan las naturales y les confieren profundidad y sentido. Y en letras, entendiendo por ello tanto el ámbito del saber logrado con el esfuerzo de la inteligencia humana como también y, sobre todo, las letras divinas o Revelación, en las que el mismo Dios enseña el camino de la salvación y ofrece un sentido pleno y fundamental del mundo, del ser humano y de su historia. “Virtud y letras”, vividas en armonía, sin exclusiones ni contraposiciones gratuitas. Así lo vivió san Juan de Ribera, y también en este punto su santidad fue aliñada; y en esa misma forma deseaba que crecieran los futuros sacerdotes que se formarían en su Colegio-Seminario.

San Juan de Ribera es el ejemplo de una santidad que ha sabido armonizar en su vida de forma fecunda la cultura y los saberes humanos, productos de la razón, y la “sabiduría que viene de lo alto”

Queridos amigos, el ejemplo de san Juan de Ribera de una santidad aliñada, de una santidad que ha sabido armonizar en su vida de forma fecunda la cultura y los saberes humanos, productos de la razón, y la “sabiduría que viene de lo alto”, que tiene su fuente en la fe, es digno de ser imitado. La situación cultural y religiosa tan extraña y confusa en que nos encontramos está pidiendo que todos nos esforcemos en poner fin, o al menos suavizar, en la medida de lo posible, el divorcio, señalado por **Pablo VI**, entre la fe y la cultura, que es algo malo para la fe, pero también para la cultura. El radicalismo de la razón al rechazar lo que la fe ofrece y aporta como sentido

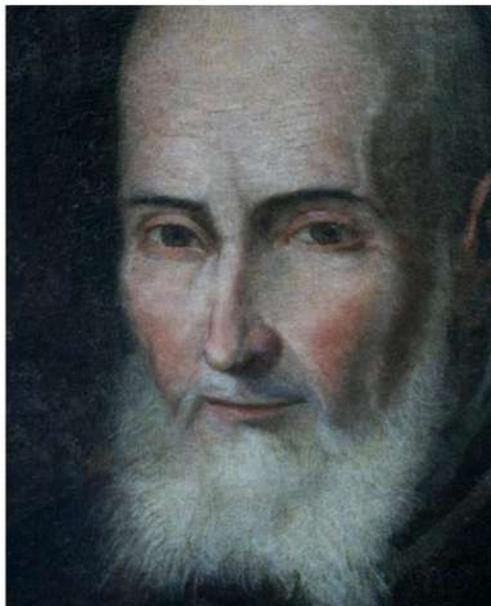
profundo de los saberes y conquistas humanas y como respuestas a las cuestiones últimas que se plantea el ser humano, ha empobrecido estos saberes y los ha sumergido en la desorientación, oscureciendo su sentido humano y ético. Por otro lado, el rechazo en bloque e indiscriminado de los aportes indiscutibles del pensamiento, de la ciencia y la técnica, que tan frecuentemente se han producido en la historia, y que ahora repuntan en algunos sectores de la Iglesia, al considerarlos como incompatibles con la fe, acaba provocando que ésta se encierre en sí misma, se aíse del mundo y ya no sea capaz de asumir con discernimiento la parte de verdad, bondad y belleza que la razón descubre, ni tampoco de darle plenitud desde la Verdad divina.

El rechazo en bloque e indiscriminado de los aportes indiscutibles del pensamiento, de la ciencia y la técnica que ahora repuntan en algunos sectores de la Iglesia acaba provocando que ésta se encierre en sí misma

Pensar la fe siempre “en contra” de esto o aquello, y no en su intrínseca verdad, es empobrecerla y privarla de su aguijón transformador. Los radicalismos, los exclusivismos y los extremismos, del tipo que sean, no llevan a ninguna parte. Nuestro tiempo nos está pidiendo que nos esforcemos en tender puentes y buscar la armonía y equilibrio entre lo humano valioso y lo divino; entre el orden de la ciencia y de la razón, por un lado, y el orden de la recreación o sal-

vación, por otro; entre conocimiento humano y revelación divina; entre virtud y letras; entre virtudes cardinales y teológicas; entre nuestro verdadero destino en el cielo y el compromiso en la tierra en favor de la justicia y la paz. Todo lo que hagamos en este orden de cosas será sin duda alguna un gran servicio tanto a la fe cristiana como a nuestros contemporáneos.

Que san Juan de Ribera, santo y humanista, hombre de fe que apreció los conocimientos humanos, gran orante y al mismo tiempo entregado en cuerpo y alma a su ministerio pastoral de obispo, cuyo único radicalismo fue su amor a Dios, su devoción eucarística y su entrega amorosa en favor de sus ovejas, nos ayude con su ejemplo e intercesión a buscar y vivir una santidad aliñada sin extravagancias, en la que lo divino y lo humano confluyan en un mismo objetivo: alcanzar la plenitud humana.



Homilía de Juan José Garrido durante la Fiesta de Antiguos Colegiales de 2024



**Juan José Garrido es rector del Real Colegio Seminario de
Corpus Christi de Valencia y vicepresidente del
Patronato de la Fundación Carolina Álvarez Ruiz**



ASOCIACIÓN
AMIGOS DEL
COLEGIO MAYOR
SAN JUAN DE RIBERA

ENTRE LOS MUROS DEL CASTELL



COLEGIO MAYOR
SAN JUAN
DE RIBERA

Anexo al Boletín 'Entre los muros del Castell'